

LATINISTAS TARDÍOS Y ROMANISTAS TEMPRANOS

ROGER WRIGHT
UNIVERSIDAD DE LIVERPOOL

Los latinistas y los romanistas suelen trabajar en distintos departamentos universitarios. A veces la estructuración de su universidad lleva consigo la casi imposibilidad de siquiera verse los unos a los otros, ni mucho menos de cooperaciones significativas. Pero este apartamiento físico, en caso de que se haya efectuado, no corresponde con ningún inevitable apartamiento intelectual; en el universo de las investigaciones científicas, los latinistas y los romanistas se ven colaborando entre sí cada vez más. Este acercamiento es lo que se considera en esta contribución.

Esto era de esperarse, una vez que los especialistas se hubieran dado cuenta general del hecho de que dos de sus campos de investigación, el de lo que se ha venido llamando el *latín tardío* y el de lo que se puede etiquetar como *romance temprano*, se centran los dos en los mismos fenómenos, en los mismos autores, en los mismos escribas y en los mismos textos; no se puede entender lo que pasaba durante los siglos que median entre finales del imperio romano (del siglo V) y las reformas dichas gregorianas (del siglo XII) sin estudiar a la vez el latín de los textos de la época y la lengua hablada por los que los componían y escribían, teniendo así la amabilidad de legarnos a los filólogos del Siglo XXI nuestra materia básica. Aunque trabajemos juntos, los latinistas tardíos y los romanistas tempranos necesitamos también la ayuda de la filología tradicional, de la lingüística histórica, de la sociolingüística, de la disciplina que explica las diferencias naturales entre el hablar y el escribir, de la historia y de la arqueología medieval, del análisis textual, de la paleografía, y a lo mejor de otros muchos campos especializados que apenas se prevén por el momento; porque la lingüística histórica es difícil. Necesitamos la ayuda de todas las perspectivas que puedan contribuir a nuestra tarea, y la totalidad de

tales perspectivas sería más o menos lo que he resumido al inventar la palabra *Sociofilología* para referirme a este campo. Esta lista de especialismos no es conclusiva. La neurolingüística del futuro nos podrá señalar mucho más un día sobre la estructuración del léxico mental, por ejemplo, hasta dentro del cerebro de los hablantes del primer milenio. En el futuro será también posible un día, según espero, pedir a los expertos de los análisis genéticos que nos indiquen no sólo la proveniencia geográfica y cronológica de cada uno de los pergaminos en que se sitúan nuestros textos fundamentales, sino a la vez varias características de los animales que murieron en la causa, e incluso con indicaciones de su parentesco entre sí en caso de que lo haya. Me habría agradado, por ejemplo, poder hacer tales investigaciones de los pergaminos en que se encuentran las dos versiones del *Tratado de Cabrerós* de 1206, porque si resultara que los animales hubieran pertenecido a la misma familia, y durante la misma época, ese descubrimiento habría avalado la hipótesis de que los dos textos escritos fueran coetáneos aunque la versión castellana no sea original. Y, claro, si no, no.

Dentro del campo de las posibles colaboraciones del porvenir, se ven en el primer rango la continuación de las que se efectúan ya entre latinistas - o al menos, los que se interesan por el latín tardío y/o el latín vulgar (que no tienen que ser la misma cosa) - y romanistas - o, al menos, los que se interesan por los orígenes (o la génesis) históricos del romance y de la fragmentación, tal vez imprevisible en su tiempo, del romance en tantos diversos idiomas romances. El campo se va renovando tanto que ya resulta que es uno de los más interesantes que se cultiva actualmente dentro de las disciplinas humanas.

La lingüística histórica románica ya no es la disciplina casi muerta que puede haber parecido ser hace treinta años. Se practica, al menos al nivel de las investigaciones profesionales, del tercer ciclo universitario, y de los Congresos Internacionales; pero es difícil que se prosiga mucho en los dos primeros ciclos universitarios, ya que para emprenderla, por razones prácticas, hay que dominar antes la lingüística histórica de una o más de las lenguas románicas en particular (o del latín vulgar y/o tardío). Es por ello un estudio más complejo que el de la lingüística histórica iberorrománica, la galorrománica o la italo-románica, aunque éstas tengan que contribuir su parte. Su estudio necesita la comparación contrastiva del desarrollo de la lengua en al menos dos de los campos geográficos del suelo de habla romance. Pero una vez que se sepa hacer esto, tales comparaciones pueden ser de mucho valor; un ejemplo reciente, que impresiona mucho, se encuentra en el libro del norteamericano Thomas D. Cravens, *Comparative Historical Dialectology: Italo-Romance Clues to Ibero-Romance Sound Change* (Amsterdam y Philadelphia, John Benjamins, 2002). Thomas Cravens lleva muchísimos años pensando en los respectivos cambios fonéticos

que se vieron (y se oyeron) en el romance de los Pirineos y en el de la isla de Córcega y otras áreas de habla italleromance, haciéndose experto no sólo en estos dos campos sino también en todas las ideas teóricas que le podrían ayudar (sabiendo acertadamente descartar los que ofuscan); y por fin ha mostrado que el estudio simultáneo de lo que pasó en tales áreas geográficas al parecer distintas puede iluminar las dos de una manera mucho más satisfactoria de la que resulta de la concentración en solamente una de las áreas. Es así sobre todo porque un análisis de los datos que parece valioso para (pongamos por caso) Córcega, o para Venecia, puede por esa misma razón considerarse como verosímil si se quisiera sugerirlo también para los Pirineos, avalando una perspectiva que sin tales comparaciones habría parecido cuando menos indeseablemente hipotética para esta parcela del iberorromance. De la misma manera los estudios de la metafonía que ha emprendido Ralph Penny (y otros) tanto en algunas partes del área italleromance como en los dialectos norteños de España nos han ayudado a entender mejor lo que pasó en los dos casos. No podemos decir que tales estudios comparativos, del romance de dos o más regiones a la vez, vayan siempre a conducir necesariamente de por sí a conclusiones más valiosas que antes, porque hay que confesar que varias veces un fenómeno parece haber sido específicamente privativo de un grupo de romancehablantes sin haberse visto en otra parte; pero incluso en estos casos las comparaciones merecen hacerse, porque sin ellas no sabríamos decidir en cuanto a la eventual exclusividad geográfica del fenómeno. Esto puede resultar significativo si queremos, por ejemplo, atribuir la causalidad de un cambio geográficamente restringido a efectos de sustrato (lo que pocos quieren hoy en día); sabiendo que en algunas partes del área de habla rumana se vio la aspiración del latín /f-/ inicial, sentimos menos la tentación de atribuir la causalidad del fenómeno a los vascos cuando la vemos en el castellano. Así que ya se entiende lo importante que es en principio la cooperación entre los especialismos de las diversas áreas geográficas del romance, aunque no resulte siempre fácil organizarla dentro de las estructuras de nuestras Facultades.

La cooperación entre romanistas y latinistas tiene motivos algo parecidos a la que se acaba de bosquejar entre los romanistas de campos diversos. Un aspecto importante de la lingüística histórica románica (a diferencia de la sencillamente iberorrománica, galorrománica, itallerrománica, etc.) estriba en la necesidad de estudiar la lengua de la época anterior; anterior, esto es, a la época en la que se vio la fragmentación definitiva del romance hasta formar las distintas lenguas romances que ya conocemos y tanto queremos. Y este aspecto es el que se va revolucionando más en estos años. Porque el estudio del romance así necesariamente nos conduce a la esfera del latín tardío. Esto es necesario porque todos los especialistas, creo, aceptan ya que no hay ninguna clara fron-

tera cronológica que se pueda trazar entre el latín y el romance. Incluso el cambio de nombre ha sido innecesario. Supongo que nadie hubiera sugerido nunca que ni la entera comunidad ni tampoco ningún ser humano se hubiera acostado un día hablando el latín para levantarse la mañana siguiente hablando el romance. Ningún romanista lo habría expresado así, al menos. Pero las consecuencias de esta falta de fronteras claras no se asumen en cada caso. La consecuencia más necesaria es que debiera de haber existido una época de transición entre las dos cosas (si de veras queremos seguir creyendo que hubiera aquí dos cosas distintas, lo que ciertamente no se puede dar por sentado); y esta época de transición debe de haber empezado ya mucho antes de la apariencia escrita por primera vez de la lengua llamada, incluso entonces, el *romance* o *romanz* (cito a Gonzalo de Berceo). Eso es, que durante muchos años e incluso siglos, los clérigos, los sacerdotes, los monjes, los escritores, los escribas, los abogados, los historiadores, los notarios, los grafitistas y todos los otros que sabían escribir (igual que los muchos que no lo sabían), hablaban una lengua que ya contenía en sí muchos de los rasgos y muchas de las variantes que luego, mucho más tarde, se calificarían como pertenecientes al romance. No sabían hacer tales distinciones entonces, desde luego; tampoco sabemos nosotros cuáles rasgos de nuestra habla de hoy se van a canonizar como una parte del nuevo estándar español del siglo XXIII; pero sin duda alguna la mayoría de estos rasgos ya se encuentran, aunque solamente como variantes, en la actual comunidad de habla castellana.

Conviene, entonces, estudiar los textos de esa época, la que media entre la caída política del imperio romano y el siglo doce, con la certeza absoluta de que sus autores y sus escribas hablaban una lengua que contenía ya varios, o incluso muchos, rasgos que los filólogos de los siglos XIX y XX calificarían como romances (y por eso como no latinos). De ahí que, si encontramos en un texto manuscrito alguna variante morfosintáctica o léxica que no parece ser totalmente clásica (en el sentido de que no habría pertenecido al habla de los autores clásicos), eso no debiera sorprendernos; su presencia en el texto tiene una explicación fácil; el autor, y/o el escriba, hablaba así. Lo que quizás parecería menos fácil de explicar sería la presencia en un texto de un rasgo morfosintáctico o léxico ya totalmente arcaico, que no parece que hubiera podido pertenecer al habla normal ni del autor ni del escriba; y en estos casos la explicación indicada será casi siempre que se trata aquí de un detalle que se le había enseñado al autor (y/o al escriba) en su formación profesional. A nadie hubiera podido ocurrírsele el uso escrito de inflexiones genitivas plurales en *-orum* o en *-arum* en una época en que no se usaban en el habla activa de nadie, a menos que estas inflexiones se les hubieran enseñado antes en su formación de escritor. Claro, nadie sabe escribir nunca sin haberlo aprendido; esto es, sin que las

técnicas le hayan sido mostradas por otro ser humano; y sabemos de cierto que en esa época, como en todas las otras, no se les habrían enseñado las técnicas de la transcripción fonética de la morfosintaxis coloquial (lo que es una lástima), sino los venerables detalles arcaicos de la ortografía recomendada y la morfosintaxis correcta de los antiguos.

Este período transicional, entre latín y romance, era, entonces, largo. Cada vez que se investiga, más largo parece. Los rasgos dichos romances (y, se sobreentiende, por eso no latinos) se pueden encontrar en textos ya del siglo IV; hay varios en la *Peregrinatio Aetheriae*, desde luego, pero también en la *Vulgata*, por ejemplo. Rasgos dichos latinos (y, por eso, se sobreentiende, no romances) se encuentran en textos no sólo de los siglos once y doce pero de vez en cuando hasta en los de apariencia escrita romance del siglo trece. Efectivamente, cuando se miran de cerca, todos los períodos cronológicos resultan ser transicionales, en nuestro campo románico igual que en todos los otros; los especialistas de otras lenguas verían atónitos la idea venerable de algunos latinistas de que el latín haya sido el mismo latín, nada más, desde el segundo siglo antes de Cristo hasta el Siglo XI después (y hasta hoy).

A lo mejor esto parece obvio. A mí me ha llegado a parecer así, pero eso después de treinta años de pensarlo. Sin embargo, aunque parezca así, las consecuencias de esta revaloración no creo que se hayan apreciado en su totalidad. Tradicionalmente, se ha visto como procedimiento normal, sensato y racional, la distribución y la repartición, de todos los rasgos y todas las variantes que se leen en los textos de esta larga época, entre las dos lenguas que los especialistas creían poder entrever, de manera que algunas variantes habrían pertenecido exclusivamente al latín, y otras al romance, concebidas como dos lenguas distintas aunque coetáneas. Así lograban mantener la hipótesis (el espejismo) de que haya habido dos lenguas y por eso dos campos de investigación (y la consecuente necesidad conveniente de mantener dos departamentos universitarios, aunque se estudiaran en éstos dos los datos y los escritores de la misma época). Por ejemplo, las vocales distintivamente largas y cortas, la morfología pasiva sintética, los paradigmas sintéticos del futuro, los sustantivos de género neutro, el uso general de los sustantivos sin ningún artículo determinante, los casos genitivos y las construcciones de "acusativo + infinitivo" pertenecían bajo esta perspectiva al *latín*, y no al *romance*; mientras tanto, el uso (por las mismas personas) del pronombre *se* para indicar la semántica no agentiva o incluso pasiva, de los paradigmas del futuro formados con el infinitivo más verbo auxiliar, de los artículos determinantes derivados de *ille* o de *ipse*, de *de* más la forma al parecer acusativa del sustantivo para indicar la posesión, y de *quod* más construcciones con verbo finito después de "*verba dicendi*", pertenecían todos al romance y no al latín.

Esta tradicional división de las variantes entre dos lenguas tenía un gran mérito: era clara. Se entendía sin dificultad. Pero a la vez tenía una gran desventaja: no era cierta. Sobre todo porque muchas, quizás todas, las variantes que se definirían así como pertenecientes al romance se encuentran también antes del siglo doce dentro de textos que parecen no ser romances en absoluto sino latinos (si tenemos que hacer la distinción). E incluso los que preferirían mantenerse en dos disciplinas separadas, para que el latín se estudiara por los latinistas y el romance por los romanistas, han tenido que aceptar el hecho de que no se hayan cambiado todos los rasgos a la vez. No se puede hablar del "cambio del latín en romance" como si fuera un solo acontecimiento. La distinción fonémica de la cantidad de las vocales, que separaban a las largas de las cortas, cayó en desuso antes de la caída del mismo imperio romano, según todos los indicios que se han conseguido extraer de los datos (tanto textuales como reconstruidos); y esto mucho antes de la caída en desuso de las formas "oblicuas" de la morfología inflexional nominal, por ejemplo. Ángel López García (en su *Cómo surgió el español*, Madrid, Gredos, 2000) nos habla del principio de la "Modularidad", según el cual los diversos "módulos" de una lengua pueden cambiar en épocas diversas; que en su óptica la sintaxis cambió en el siglo cuarto y la morfología en el doce, por ejemplo. Pero hasta dentro de cada "módulo" no hay simultaneidad, ni mucho menos. En cuanto a los paradigmas nominales, por ejemplo, el caso ablativo parece haberse caído del uso general bastante antes de la categoría nominal del género neutro (sigo la cronología relativa establecida por József Herman). Además, no sólo en la lengua en general sino también en cada caso de reemplazamiento particular, había un largo período transicional. Un cambio no es un solo acontecimiento. Hay un aspecto de esto que no se vislumbraba sino hasta hace poco, entre los especialistas de la lingüística histórica; esto es, que la llegada de un rasgo nuevo no lleva consigo de por sí la caída del rasgo anterior que ya ha venido cumpliendo la misma función que la nueva. Así que la llegada de lo nuevo es un fenómeno, y la pérdida de lo anterior, si es que se pierde, es otro fenómeno distinto, ni necesario ni inmediato. Por esto se encuentran tantos textos que contienen a la vez inflexiones genitivas y frases preposicionales *con de*, que significan las dos lo mismo.

Esta coexistencia del rasgo nuevo con el viejo dentro de la misma lengua se encuentra tanto en nuestros días como en la época del romance temprano. Por ejemplo, los paradigmas originales latinos del futuro eran sintéticos, tipo *amabo*, *amabis*; pero vino el siglo en que éstos tenían que compartir este terreno semántico y estas funciones morfosintácticas con otro recién llegado rival analítico formado con el infinitivo más el verbo auxiliar derivado de *habeo*; eso es, con *amare habeo*, *amare habes*, las que llegarían a ser más tarde

la actual *amaré, amarás*. Durante siglos las dos maneras de expresar el futuro coexistían en la misma comunidad de habla, sin que los hablantes vieran la necesidad todavía de deshacerse de las formas originales (sobre todo porque éstas se oían en la lectura oral de muchísimos textos, incluida la Biblia Vulgata) y así de empobrecer la lengua por el mantenimiento de sólo una de las maneras de expresar el futuro. Por fin, en este caso, claro está, sí decidieron (de manera subconsciente, es de suponer) concentrarse en las formas originariamente analíticas y despedirse de las sintéticas, pero esta decisión no era inevitable, y era otra decisión distinta de la muy anterior de inventar las formas analíticas en primer lugar. La rivalidad entre los paradigmas del futuro que se oye en la comunidad hispanohablante actual debe de ser bastante parecida a la de hace doce siglos; de más o menos la misma manera, lo que pasa hoy es que coexisten las dos maneras de formar el futuro castellano, la anterior sintética (tipo *cantaré*) y la más reciente analítica (tipo *voy a cantar*), y la coexistencia de las dos les proporciona a los hablantes la posibilidad de escoger entre ellas por motivos pragmáticos, sociolingüísticos o estilísticos, distinciones de alta sutileza que no se habrían posibilitado sin la llegada de la nueva variante analítica. Tanto ahora como hace doce siglos, lo nuevo ha enriquecido la lengua; ningún hablante (que no sea lingüista histórico) sabe cuál de las dos variantes es la más vieja ni cuál es la más nueva, ni les importaría saber, ni supondrían de saberlo que ni la nueva ni la vieja sería preferible en sí por el mero hecho de su relativa edad; y aunque parece posible - pero no inevitable, ni mucho menos - que la forma sintética vaya lentamente a usarse cada vez menos en el porvenir para referencias estrictamente temporales, nos quedaremos con su uso probabilístico (*estará en la cuadra = debe de estar allí ahora*). Tal variabilidad es más bien flexible que problemática. La caída de la forma sintética actual, si es lo que va a pasar, no es inevitable, ni en principio deseable, y aunque ocurra no tendrá relación directa con el hecho de que ésta sea la variante más antigua. Ni siquiera podríamos generalizar que cuando se resuelve una rivalidad de este tipo, la contrincante nueva suele ser la que sobrevive y la vieja la que se pierde; hay muchos casos de lo contrario, de una variante que surge y se usa durante décadas e incluso siglos, pero cuyo avance se vuelve al revés para que por fin desaparezca y deje la original de nuevo sin rival. Pensemos, por ejemplo, en el uso durante el Siglo de Oro de formas como *dalle*, rival desafortunada de *darle*, o en el uso durante la Edad Media de *aqueste* además de *este*; llegaron *dalle* y *aqueste* y salieron luego de la escena sin efectuar ningún cambio. Todo esto dentro de una misma lengua, ya que todas las lenguas abarcan tal variabilidad; y así también el romance temprano.

Nos damos cuenta ya, entonces, de que la lengua y los textos de la época que se considera aquí forman parte del campo de investigaciones tanto

de los latinistas como de los romanistas. Ha habido sobre todo dos consecuencias de este acercamiento, las dos muy saludables. La primera es que los especialistas del latín que se interesan por el latín tardío, y los especialistas del romance que se interesan por el romance temprano, se han llegado a conocer personalmente en los últimos años, con resultados al menos significativos y hasta excitantes. La segunda es que el estudio de la variación lingüística (eso es, la sociolingüística) también ha entrado en la escena, con el resultado de que la trayectoria que ahora se vislumbra tanto de la evolución del latín y el romance como de la fragmentación de éste en distintas lenguas romances se entiende ahora de una manera a la vez más compleja, flexible y verosímil que antes, y que también concuerda mucho mejor con lo que ya sabemos que pasó en otras comunidades lingüísticas del pasado y hasta del presente.

El promotor inicial de este acercamiento, entre los latinistas tardíos y los romanistas tempranos, ha sido el gran lingüista húngaro József Herman, que ha trabajado tanto en Budapest como en Venecia. Se jubiló hace un rato, pero sigue trabajando y viajando tanto que esto no se le nota. Sus primeros estudios lingüísticos se centraban en el antiguo francés, y desde allí se trasladó al campo del latín dicho "vulgar". Su manual universitario *Le latin vulgaire* salió en francés en 1967 (Paris, Que Sais-je), y se reimprimió en 1975. A pesar de tener ya casi cuarenta años, el libro ha mantenido su intrínseco valor. A finales de los 1990 preparó una reedición bastante revisada, y aunque los franceses no querían publicarla, esta reedición fue traducida al castellano por Carmen Arias Abellán, de la Universidad de Sevilla, y se publicó en 1997 como *El latín vulgar* (Barcelona, Ariel); ahora tiene también versión inglesa (*Vulgar Latin*, Penn State Press, 2000). A pesar de su título, es uno de los mejores manuales de la lingüística histórica románica; la experiencia y sabiduría que tiene József Herman en los tres campos del latín vulgar y tardío, del romance temprano y de la lingüística histórica, le ha ayudado a iluminar el paisaje entero. También nos enseña la lección utilísima de que tales fenómenos pueden analizarse y explicarse de una manera sencilla y esclarecedora, ya que el libro es de tan fácil acceso que los especialistas que no pertenecen a ninguno de estos campos pueden usarlo; los historiadores y los filólogos textuales lo leen con provecho y hasta con placer. Era József Herman el que inició la serie de congresos internacionales trieniales del latín vulgar y tardío, siendo el anfitrión del primero de estos congresos en Pecs (Hungría) en 1985. Se han celebrado después en Innsbruck, Bologna, Caen, Heidelberg, Helsinki, y Sevilla; este último se celebró en el septiembre de 2003. La próxima se celebra en Oxford en el septiembre de 2006. Son lugares de encuentro de un tipo que no se conocía antes. Muchos de los lingüistas del latín y del romance temprano se conocen en estas reuniones, entablan discusiones serias, por lo común se entienden bien entre sí, y trabajan

juntos de una manera constructiva que apenas se vio antes de 1985. Poco a poco los malentendidos y los rencores que separaban a las dos disciplinas se van disipando, y la mayoría de los que participan en estos congresos, e incluso ya de los que trabajan en el campo sin participar en éstos, vienen dándose cuenta de que nos interesan más o menos los mismos fenómenos, los mismos contextos socioculturales y las mismas ideas. Y las *Actas* de estos congresos, aunque las contribuciones inevitablemente tengan valor desigual, permanecen como testimonio irrefutable de los avances que se van haciendo, siendo a la vez un recurso importante tanto para romanistas tempranos como latinistas tardíos.

No quiero exagerar. Todavía quedan algunos romanistas del antiguo tipo, que sienten instintivamente que los textos de apariencia latina no pueden tener nada que ver con su propio interés, y prefieren reconstruir el "protorromance" en la base de los datos románicos escritos de una época más tardía, en vez de investigar los textos que nos legaron algunos de los que hablaban el romance temprano; pero me parecen que son la minoría ya. (El único detalle de importancia de mi *Latín tardío y romance temprano* [Madrid, Gredos, 1989] del cual ya me arrepiento se refiere al uso de la palabra "protorromance"; no la usaría ahora. Preferiría el "romance temprano".) Al otro lado, quedan muchos latinistas con la antigua perspectiva de su oficio, sin aceptar que los datos y los descubrimientos de los romanistas podrían resultar muy importantes para sus propias tareas, pero vamos progresando aún allí; por ejemplo, el reciente libro de Philip Burton sobre *The Old Latin Gospels: a study of their texts and language* (Oxford, Universidad, 2000) representa un buen ejemplo de cómo se pueden usar los datos del romance de una manera constructiva para ayudar al análisis de textos latinos hasta del siglo IV.

Se han visto aflorar otros Congresos menos ambiciosos sobre el tema. El mismo József Herman instituyó una serie de tres "Mesas Redondas" sobre estos temas en Venecia en la década de los 1990. Todas las tres eran de un valor espectacular. Asistieron especialistas de varias perspectivas teóricas, y de muchos países. El primero se celebró allí en 1996, bajo el título colectivo de *La transizione dal latino alle lingue romanze*; el segundo, de 1998, se tituló *La preistoria dell'italiano*. Los *Atti* de estas dos reuniones han salido, y todavía representan un panorama muy al día del campo respectivo (los dos volúmenes se publicaron en Tübingen por Niemeyer, en 1998 y 2000). La tercera de estas "Mesas Redondas" se celebró allí en el año 2000 con el título de *Contatti linguistici e storia del latino*. Desgraciadamente, József Herman se puso enfermo de una manera bastante grave poco después; se tuvo que jubilar definitivamente, de manera que estas *Actas* no se publicarán, y no se celebró el cuarto congreso que se tenía previsto para 2003 sobre el latín tardío y el romance temprano en sus contextos institucionales (que habría sido un tema muy sugestivo).

Pero el ejemplo que nos dio Herman lo han seguido varios otros. Quizás el especialista que en estos años nos ha dado la obra más valiosa en el campo es el infatigable erudito francés, Michel Banniard. Ha sido catedrático del latín medieval, en Limoges; luego se trasladó a la cátedra del francés medieval de la Universidad de Toulouse-II; ahora trabaja también de Director de Estudios de l'École Pratique des Hautes Études de París. Sus profundos conocimientos tanto de latinista como de romanista se combinan en su obra. Su libro más conocido, de una importancia trascendental, es el que se basa en su tesis doctoral (escrita bajo la dirección de Jacques Fontaine) *Viva Voce: communication écrite et communication orale du IV^e au IX^e siècle en Occident latin* (Paris, Études Augustiniennes, 1992); aquí muestra sin lugar a dudas que el latín escrito, incluso el latín de los textos complejos, seguía formando parte de la lengua viva durante la época de la antigüedad tardía y del Medio Evo más temprano, y de ahí que estos textos se hayan entendido, y los autores suponían que se entenderían, al leerse en alta voz (antes de mediados del siglo VIII, a lo menos). Desde entonces Michel Banniard nos ha proporcionado toda una avalancha de artículos imprescindibles, y un libro pequeño pero sugestivísimo llamado *Du latin aux langues romanes* (Paris, Nathan, 1997) en el que hasta nos da una periodización bastante detallada de los cambios lingüísticos más importantes, tanto en su relativa ordenación como en su cronología absoluta. Todo esto va revolucionando los dos campos en Francia, es decir, el campo del latín tardío y el del francés antiguo (ya que los franceses no suelen reconocer la existencia de un estadio romance entre el latín y el galorrománico). Michel Banniard quiere atraer también a los historiadores especialistas de la época a que consideren y tomen parte en estas discusiones; su libro *La Genèse culturelle de l'Europe (Ve - VIII^e siècle)* (Paris, Le Seuil, 1989) se escribió después de *Viva Voce*, aunque se publicó bastante antes, y se enfoca como libro a la vez histórico y lingüístico. También ha organizado un importante congreso sobre estos temas, celebrado en Toulouse y en Conques en el año 1996, cuyas *Actes* son verdaderamente significativas tanto en su vertiente histórica como en su vertiente lingüística (se llaman *Langages et Peuples d'Europe: cristallization de identités romanes et germaniques (VII^e - XI^e siècle)*, CNRS / Université de Toulouse-Le-Mirail, 2002).

Yo organicé una sección de dos días sobre estos temas durante el noveno congreso internacional de la lingüística histórica, el cual se celebró en la Universidad norteamericana de Rutgers (New Jersey) en el agosto de 1989. Había dieciséis participantes, y entre ellos figuraban latinistas, romanistas, filólogos, historiadores, y especialistas del francés, del castellano, del portugués y del italiano. Dos invitados que no pudieron asistir nos ofrecieron su contribución para las Actas, de manera que allí se encuentran dieciocho contribuciones

de alto valor. Me parece que todavía, quince años más tarde, sigue siendo un volumen importante: *Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages* (London, Routledge, 1991: reimprimido en rústica por Penn State Press, Pennsylvania, 1996. La reimpresión ha vendido bastante más ejemplares que el libro original, que sólo se publicó en cartón). Estos congresos bieniales de la lingüística histórica son interesantísimos también como indicios de lo que viene cambiando en la disciplina. Se les ofrecen siempre muchas contribuciones románicas y algunas latinas, y los encuentros entre los dos bandos se han multiplicado también allí; en el más reciente, había una valiosa sección de dos días y medio sobre el desarrollo del romance, organizado por Thomas Cravens, que formarán unas *Actas* en sí, separadamente de las Actas generales. La serie ya venerable de congresos internacionales trieniales de lingüística y filología románica (CILPR) sigue atrayendo cada vez más a los latinistas tardíos, tanto que en el Congreso de 2004 (celebrado en Aberystwyth, País de Gales) hay una sección dedicada exclusivamente al latín tardío, sin que a nadie se le haya ocurrido oponerse a ello bajo el pretexto de que el latín tardío no tenga lugar en un congreso de romanistas. Los tres grandes congresos nacional (no.1) o hispánicos (nos.2 y 3) de latín medieval organizados por Maurilio Pérez González han acogido a varios lingüistas, entre ellos muchos romanistas; en las *Actas* del tercer congreso figuran 22 contribuciones en la sección *Latín medieval y lenguas romances* (León, Universidad, 2003, 481-717). Hay más. Los multitudinarios congresos de la Historia de la Lengua Española siempre presentan varias contribuciones sobre el periodo que se suele llamar preliterario. Podría seguir hasta el cansancio en esta línea de enumeraciones de congresos; quizás bastaría aquí señalar que muchos se han enfocado de manera explícita y directa en estos temas en los últimos años; por ejemplo en Leuven (véanse sus Actas, *The Dawn of the Written Vernaculars in Western Europe*, ed. Michèle Goyens y Werner Verbeke, Leuven, Universidad, 2003); en Oxford (*Actas* todavía en prensa en Nápoles, con la revista *Medioevo Romano*); en Valencia (sin *Actas*); en Alcalá de Henares (dentro del VI Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita, con *Actas* ya publicadas bajo la dirección de Carlos Sáez); en Florencia, cuando el Congreso della Società Linguistica Italiana del año 2000 dedicó sesiones enteras al tema de la lengua del año 1000 (*Actas* todavía en prensa); en Munich, en la sección lingüística del Congreso sobre la poesía rítmica latina, cuyas Actas se titulan *Poetry of Early Medieval Europe: manuscripts, language and music of the rhythmical Latin texts*, (ed. Edoardo d'Angelo y Francesco Stella, Florencia, Sismel, 2002); en París, donde un congreso de nueve contribuciones sobre *Les Grammaires du Vulgaire: normes et variations de la langue française* se inició con las contribuciones de Michel Banniard y Roger Wright (*Actes* publicados por la revista *Medievalia*,

como vol.45, 2003); en León, en que el congreso del mes de octubre de 2003 sobre *Los orígenes de las lenguas romances en el reino de León (siglos IX - XII)* ha acogido con una generosidad abrumadora igualmente a latinistas y a romanistas; y en el monasterio de San Millán de la Cogolla en el diciembre de 2003, donde el congreso internacional sobre *Las Lenguas romances en su origen*, convocado por el catedrático de La Universidad de La Rioja, Claudio García Turza, acogió a especialistas de varios países para que habláramos del latín, del romance, y de cada lengua romance, dentro de un conjunto académico. En todas estas reuniones, y en otras, aunque haya habido participantes que discrepen de las perspectivas ofrecidas por Herman, por Banniard, por mí y por otros del estilo, nadie ha sugerido que los romanistas no tienen el derecho de participar en las discusiones de los especialistas del latín tardío, ni tampoco que los latinistas no deberían contribuir a las discusiones de los romanistas.

La llegada de la sociolingüística a la escena forma parte de una tendencia más amplia. La sociolingüística, que se puede definir como el estudio de la variación lingüística, siempre se ha practicado entre romanistas en su aspecto dialectológico, pero se ha visto en los últimos años entrar en el centro de las investigaciones diacrónicas también. Muchos especialistas de la lingüística histórica, sea la que sea la lengua de su propio interés principal, han venido a aceptar que la sociolingüística ya forme parte de su campo. No todos ven la cosa así; todavía los hay que sienten de manera instintiva que es casi inmoral, o al menos poco científico, que los lingüistas se interesen por los hablantes de la lengua que estudian, y por el contexto histórico, social y cultural de los textos que nos dan nuestros datos; éstos siguen creyendo que los lingüistas tienen el deber de analizar los textos desde perspectivas internas exclusivamente lingüísticas, sin hacer referencia alguna a su contexto. Pero la mayoría se dan cuenta ya de que esta actitud, en que los datos lingüísticos se tratan como si fueran las indicaciones de un crucigrama, es el método que se tiene que adoptar solamente cuando no hay más remedio. A veces es así, cierto. Sabemos muy poco de los hablantes del proto-indo-europeo, por ejemplo; y por eso conviene restringir nuestras investigaciones del P.I.E. estrictamente a lo que se puede deducir en la base de los detalles de las lenguas indo-europeas en su manifestación más tardía. Pero esta actitud sólo tiene valor precisamente porque no podemos hacer otra cosa. Una vez que se encuentren textos lingüísticos de cualquier tipo, aunque rudimentario, debajo de las arenas turcas, o de la muralla de Hadriano en Vindolanda, por ejemplo, los especialistas se lanzan sobre ellos. No es que crean en principio en la alta moralidad de la ausencia de datos, y si tuviéramos datos directos de lo que llamamos nosotros el proto-indo-europeo (que seguramente no lo llamaban así los mismos hablantes), los respetaríamos y los analizaríamos con rebosantes lágrimas de la gratitud. Los especialis-

tas de la reconstrucción del "protorromance" creen (o al menos aparentan creer) en la superior moralidad de la ausencia de datos sociohistóricos, y por eso se niegan a usarlos aunque los hay, abundantes, en el campo del latín tardío y/o vulgar, el que desde nuestra perspectiva posterior y tal vez anacrónica llamamos también el romance temprano.

Como dije ya (citando a Larry Trask), la lingüística histórica es difícil. Sin embargo, tratar de facilitarlo por rechazar el valor de la complicada sociolingüística no tendría mucho sentido, porque así se rechaza también la ayuda ofrecida. Si investigamos la lengua de la época en la base de un sólido conocimiento de la lingüística histórica, del latín, de la romanística, de la filología y también de la sociolingüística, tenemos mayor probabilidad de dar con una síntesis satisfactoria. Desde luego, ya es tarde para aplicar los métodos labovianos, y las estadísticas detalladas de la covariación social y lingüística, a la sociedad del estado visigótico del siglo siete, al Al-Andalus del siglo nueve, o a la Castilla la Vieja del siglo once, pero los principios generales, de que cada sociedad lleva en sí mucha variación, de que la variación no es de por sí patológica (ni mucho menos), y de que cada cambio diacrónico lleva consigo un necesario período de variación entre el rasgo viejo y el nuevo, valen tanto para el reino visigótico y el califato omeya como para la Nueva York del siglo XX o el Oviedo de hoy. El mismo William Labov, que fundó esta disciplina académica en la década de los 1960, trasladó su interés principal al estudio del cambio diacrónico, primero de los cambios que se están efectuando ahora mismo, y luego al cambio diacrónico en general: los dos volúmenes de su *Principles of Linguistic Change* (Oxford, Blackwells, 2 vols: vol.1 1994, vol.2, 2001) representan de un modo directo la necesidad de entender a la vez los principios internos del cambio diacrónico (investigados en el primer tomo) y los principios sociales (investigados en el segundo tomo). El británico James Milroy dio el paso significativo de distinguir entre la innovación inicial, que tiene que tener explicación interna porque si no, no habría podido en absoluto suceder, y el cambio subsecuente, fenómeno social que tiene que explicarse desde una perspectiva sociolingüística que sepa analizarlo en su contexto. Por ejemplo, la sonorización de las consonantes sordas intervocálicas del latín se puede calificar en su estadio inicial como un caso de asimilación fonética; la subsecuente aceptación general de la variante de las palabras así variables que tenga consonante sonorizada en vez de la que mantenía la sorda original es otro fenómeno cuyo análisis completo necesitaría una perspectiva social. Hemos aprendido que "no hay texto sin contexto"; tampoco hay cambio sin contexto. El próximo paso será el de establecer claramente la comprensión de que cada acontecimiento que llamamos "un cambio" ha sido la combinación de por lo menos dos fenómenos distintos; porque como vimos arriba, la llegada del rasgo

nuevo es un fenómeno, y la desaparición del rasgo viejo es otro, más tardío, y (por lo general) de ninguna manera inevitable.

El romanista que primero importó la sociolingüística dentro de la romanística era el gran erudito italiano Alberto Várvaro, de Nápoles. Al principio este paso en adelante pareció aventurado y hasta arriesgado. Sin embargo, ha tenido tanto éxito que lo que parecía especulación avanzada ya parece como el sentido común más obvio. Ahora los avances más notables llegan de esta perspectiva sociolingüística. Dentro del campo de la historia del francés se nota el estupendo libro de mi compatriota Anthony Lodge, *French: from Dialect to Standard* (London, Longman, 1993), que ha tenido el grandísimo honor de ser traducido casi en seguida al francés y recomendado a los estudiantes universitarios franceses de la historia de la lengua. Dentro del campo de la lingüística diacrónica iberorrománica hay que reconocer los valiosos estudios pioneros de Francisco Gimeno Menéndez (por ejemplo, su *Sociolingüística histórica (Siglos X-XII)*, Visor Libros, Alicante, 1995), pero a lo mejor el mejor avance en este sentido se ha visto en el libro más reciente de Ralph Penny, *Variation and Change in Spanish* (Cambridge, Universidad, 2000). En este libro expone de manera magistral las conexiones que hay entre la variación y el cambio, tanto del presente e incluso del futuro como del pasado españoles. No es otra *Historia de la Lengua Española* (que ya había escrito); sólo considera en este libro las novedades que han conducido a una variabilidad prolongada. Pero esas son tal vez la mayoría. Allí el cambio se define como la sustitución de un estado de variación por otro estado de variación; después le he oído lamentar que no hubiera debido emplear aquí la palabra "estado", porque tal variabilidad no suele ser estable. Alegra mucho saber que también este libro se traduce actualmente al castellano. Así que en los campos del romance temprano, del italo-romance, del galorromance y del iberorromance, los especialistas de la romanística diacrónica han reconocido ya los avances que nos ofrece la sociolingüística mas rápidamente de lo que han hecho los latinistas; pero los latinistas tampoco se encuentran totalmente inmovilistas en este respecto. Por ejemplo, la reciente colección de estudios llamada *Bilingualism in Ancient Society: language contact and the written word* (ed. J. N. Adams, Mark Janse y Simon Swain, Oxford, Universidad, 2002), aunque trata el griego más detalladamente que el latín, se inicia por dos capítulos introductorios de David Langslow y de Kees Versteegh que todos los latinistas (y romanistas) encontrarán del mayor valor. Y los latinistas ayudan a los romanistas aun sin querer. Ni el gran J. N. Adams ni el igualmente grande Manuel C. Díaz y Díaz se conciben a sí mismos como especialistas de la filología románica, pero esto no impide que sus obras ayuden muchísimo a los que sí se ven así. Y dentro del campo del latín/romance específicamente hispánico, la investigación se ha facilitado mucho en años recientes

por publicaciones tales como las enormes concordancias de las obras de Eulogio de Córdoba y de los historiadores hispanos de la Temprana Edad Media, las dos publicadas en Alemania: me refiero a la *Concordantia in Eulogium Cordobensem*, ed. Joaquín Mellado y María J. Aldana, Hildesheim, Olms-Weidmann, 1993, la que me ayudó tanto en mi propio estudio comparativo del léxico de Eulogio y de los *Juramentos de Estrasburgo*; y al *Corpus historiographicum latinum hispanum saeculi VIII-XII: Concordantiae*, ed. José Eduardo López Pereira, Hildesheim, Olms-Weidmann, también en 1993. Los autores de estas concordancias, me parece, no se dan cuenta de lo utilísimas que son para los romanistas, pero hay editores de textos al parecer latinos que sí se dan cuenta de esto; por ejemplo, los romanistas pueden encontrar datos de un interés extraordinario y tal vez inesperado dentro de la edición que llamaron Claudio García Turza y Javier García Turza *Fuentes españolas altomedievales: el código emilianense 46 de la Real Academia de la Historia, primer diccionario enciclopédico de la Península Ibérica, edición y estudio* (Madrid, Real Academia de la Historia y Logroño, Fundación Caja Roja, 1997), y en los otros volúmenes que ahora siguen saliendo de la Universidad de la Rioja.

Hay otra razón por la que la sociolingüística será de un interés cada vez mayor entre los romanistas tempranos y los latinistas tardíos, la que también interesará directamente a cada lector de esta *Revista de Historia de la Cultura Escrita*. Una parte cada vez más interesante de esta disciplina se centra en las relaciones, algunas veces bastante complicadas, y otras veces más directas, pero casi nunca sencillas, que median entre la escritura y el habla. Como vimos antes, no es normal que la forma escrita de los datos textuales represente una transcripción fonética directa del habla espontánea de su autor, ni en su morfosintaxis, ni en su fonética, ni siquiera en su vocabulario. No es normal - más, diría que nunca sucede - que un escritor se interese en proporcionar datos directos del habla para los filólogos de mil años más tarde. Trata de escribir su lengua, nada más. La raza humana parece que es programada para aprender a hablar, y adquiere los detalles de su habla desde sus padres y sus amigos de una manera más o menos automática e inevitable. La escritura no es así. Todos los que saben escribir han tenido que aprenderlo, muchas veces mediante un aprendizaje bastante penoso y prolongado. Esto es cierto en todas las sociedades alfabetizadas, pero en la temprana Edad Media el proceso habría sido más penoso que en casi todos los otros contextos anteriores y posteriores. Ya que los escribas han tenido que aprender su oficio de manera explícita, alguien debe de haber tenido la tarea anterior de enseñárselo. Así que cada vez que analizamos nosotros un texto, sea un texto actual que se haya escrito ayer, sea un texto del lejano pasado, tenemos que darnos cuenta de la probabilidad de que muchos de los rasgos escritos que se atestiguan se le hayan instruido al escriba dentro

de su formación. Esto no significa de por sí, desde luego, que tales rasgos no formen parte de su habla también; pero al menos tenemos que pensar un poco antes de hacer esta deducción sin más.

Estas reflexiones son más pertinentes en el caso del latín tardío escrito por hablantes del romance temprano (que no en las regiones de habla germánica o céltica) de lo que serían en la mayoría de los otros. Al avanzar el tiempo, las instrucciones de las *Gramáticas* se tomaban cada vez más en serio, y se interpretaban de una manera cada vez más exclusiva. Aelio Donato, que escribió su *Ars Minor* en el Siglo IV para ayudar a los hablantes nativos a entender y leer los textos antiguos, y quizás en su caso a escribir así también, no pretendía (que sepamos) que cada fenómeno que no hubiera sido incluido explícitamente en sus listas de rasgos morfológicos fuera por este mismo motivo lamentable o incorrecto. Pero su libro se utilizó así en los siglos posteriores, por los que formaban a los escribas, y todavía tenía tal autoridad entre los escritores cristianos de Al-Andalus. La relación entre el habla y la escritura no resultaba ser, entonces, directa. Venía mediada por la formación de los escribas, y ésta se basaba en unas concepciones específicas y a lo mejor anacrónicas de lo correcto y lo incorrecto, de lo que debe de haber en un texto y de lo que no debe aparecer allí. Parece, por ejemplo, que a los escritores, al menos en muchos centros, se les indicó que la morfología sintética pasiva tenía alto valor si se quisiera hacer un texto de apariencia formal y oficial. No lo habrían expresado así, desde luego; a lo mejor inculcaban la idea sencilla de que valía la pena añadir las letras *-ur* por doquiera para enaltecer el registro. (Vemos lo mismo en el inglés moderno, en el que muchos parecen creer, porque alguien se lo habrá dicho así, que añada un aire elegante a lo que escriben introducir un apóstrofo escrito antes de cada letra *-s* final. Se equivocan en los dos casos, y la culpa se debe buscar en la formación poco experta del escriba.) Dos siglos más tarde que Aelio Donato, Prisciano, que terminó sus *Institutiones Grammaticae* en Constantinopla en 526/527, intentaba explicar su lengua nativa para los hablantes del griego, y ni siquiera él parece haber concebido su oficio en términos morales; pero los que formaban a los escribas de los siglos subsecuentes a la renovación carolingia interpretaron tanto a estas *Institutiones* como a la *Ars Minor* de Donato como si allí se encontrara todo lo correcto, y por consecuencia todo rasgo morfosintáctico que no se encontrara en Donato ni en Prisciano les parecía por eso de por sí incorrecto.

Tampoco hay que presumir que los escribas entendían bien lo que se les enseñaba. Hay muchos textos escritos durante los siglos antes de las reformas carolingias en que se notan muchas inflexiones nominales, correctas en sí, que parecen haberse añadido a su raíz nominal más o menos al azar. Es decir, que los escribas conocían las inflexiones; no inventaban otras que no existían (tales

como una inflexión genitiva en ***-irum*, por ejemplo); lo que no sabían, a menudo, era cuándo deberían usar cuál inflexión. En el habla iberorromance, la inflexión no marcada habría sido la del antiguo acusativo, y las distinciones que se necesitaran se expresaban con preposición en vez de con la inflexión. El resultado puede ser a veces un grupo de sustantivos consecutivos todos de forma acusativa, sea cual sea su función sintáctica. Pero esto no puede en absoluto haber representado de manera fiel su propia habla; ésta habría perdido la mayoría de las inflexiones oblicuas (salvo de los pronombres) y (en la Península Ibérica) nominativas, cierto, pero parece que en su formación también se les desaconsejaba el uso de muchas preposiciones. Ha sido siempre la función de los gramáticos de cada época la de confundir los datos (se debe este comentario del todo acertado a la doctora María José Martínez Alcalde, de Valencia); pero también ha sido ésta la función de cada humilde profesor de la escritura.

Este campo actual de investigaciones se relaciona con otro que acaso parezca muy distinto; el estudio de la nomenclatura de las lenguas, y sobre todo de los motivos por los que una lengua cambia de nombre. En nuestro caso, hay que entender por qué la lengua cambió de nombre, de la *lingua latina*, como la llamaba todavía Isidoro de Sevilla, al *romanz* que nos dice escribir y hablar Gonzalo de Berceo. Tal cambio es algo sorprendente. No es normal que una comunidad de habla cambie el nombre de su propia lengua. El griego ha cambiado bastante a lo largo de los últimos 2.500 años, pero sigue llamándose el griego, tanto por los especialistas modernos de la lingüística griega como por los mismos hablantes (que la llaman *hellenike glossa*, igual que en los tiempos de Aristóteles). Este cambio de nombre (de *lingua latina* al *romanz*) apenas se estudió con la debida seriedad dentro de su propio contexto sociocultural antes de que el latinista y romanista sueco, Tore Janson, lo explicó de manera sencilla y magistral como inspirado por las reformas de la escritura, nada más. No se inspiró por los cambios internos que se oían en el habla desde hacía más que un milenio, sino por las reformas deliberadas e intencionadas aplicadas a la forma de escribir, lo que llamaríamos ahora la decisión de escribir en romance en vez de en latín (véase ahora su reciente libro corto pero fascinante, *Speak: a Short History of Languages*, Oxford, Universidad, 2001). He aprendido mucho de Janson.

La disciplina que combina así sobre todo la tradicional filología (análisis textual) con el entendimiento sociohistórico del contexto de los autores, escribas y copistas, es la que he venido llamando la *sociofilología*. Por eso, la edición y estudio que preparé de las dos versiones que sobreviven del primer documento cancilleresco de que tengamos noticia dentro de las cortes tanto castellana como leonesa, la llamé *El Tratado de Cabreros (1206). Estudio sociofilológico de una reforma ortográfica* (Londres, Queen Mary and West-

field College, 2000), porque la reforma de la escritura debe de haber sido, en 1206 igual que en la España autonómica de nuestros días, una decisión del mayor interés político y social. Los bables de Asturias vienen cobrando su propia forma de escribir ahora, igual que la cobraron hace ocho siglos los romances del siglo trece, por razones sociohistóricas y culturales (y también meramente políticas) más bien que lingüísticas; en los dos casos, los cambios no se habrían visto como necesarios por sencillas razones lingüísticas. Era, y es, un fenómeno sociofilológico. También he llamado mi libro más reciente *A Sociophilological Study of Late Latin* (Turnhout, Brepols, 2003), por la misma razón.

Pero eso no es todo lo que viene progresando. Dije arriba que este campo también es de interés para los especialistas de la historia medieval. Los temas de la comunicación y del alfabetismo se han puesto muy de moda entre éstos en los últimos años, y muchos de ellos se dan cuenta de que las ideas y perspectivas de los especialistas del latín tardío y del romance temprano les importan también a ellos. El tema de la anual Semana de Estudios Medievales celebrada en Spoleto (Italia) de 2004 es el de la "Comunicación en el Medio Evo", por ejemplo. En Inglaterra, la actual catedrática de la Historia Medieval de la Universidad de Cambridge, Rosamond McKitterick, es la que ha impulsado más este resurgimiento de interés, por sus propias obras y por las varias colecciones que ha editado de estudios de otros especialistas sobre el tema. También en otras partes se viene aumentando el interés por el campo; la Universidad de Utrecht, sobre todo, ha iniciado una serie de publicaciones y de congresos sobre el tema de "Medieval Literacy" (del alfabetismo medieval), bajo la dirección general de Marco Mostert, y aunque al principio parece que apenas se les ocurría que los lingüistas deberían formar una parte integral de sus operaciones, ahora saben bien que los dos campos de investigación tienen mucho que ofrecerse el uno al otro. De ahí que las recién publicadas *Actas* de un congreso que organizaron en Utrecht sobre la llamada *Misal de Bobbio*, que no es misal ni de Bobbio sino un compendio de textos recogidos en la valle del Ródano acerca del año 700, incluyan un estudio lingüístico sobre el lenguaje de dos de los textos más curiosos de ese manuscrito. Me refiero al capítulo hecho por mi homónimo norteamericano, el historiador Charles D. Wright, y por mí, sobre algunas de las "Additions to the Bobbio Missal: *De dies malus* and *Joca monachorum* (fols. 6r-8v)", en *The Bobbio Missal: Liturgy and Religious Culture in Merovingian Gaul*, ed. Yitzhak Hen y Rob Meens, Cambridge, Universidad, 2004, 79-139. (Rob Meens es de Utrecht; Yitzhak Hen era estudiante doctoral de Rosamond McKitterick). Las relaciones que hay entre la escritura y el habla son de muchísimo interés, entonces, tanto para los socio-lingüistas como para los historiadores. Un día sería agradable que los especia-

listas de la literatura rebajasen la vista desde el cielo de la alta teoría para ver los avances prácticos que se están efectuando aquí.

Cada año desde 1968, mi colega inglés John N. Green ha preparado una bibliografía anotada anual de la lingüística histórica románica para *The Year's Work in Modern Languages*; y casi cada año esta sección ha resultado ser mayor y más llena de libros, artículos, manuales, obras de conjunto, colecciones de estudios, *Actas* de congresos y volúmenes de homenaje dedicado al tema. Todo está en auge. La disciplina ha cambiado mucho, y sigue cambiando, y en este caso si no en todos, el cambio viene significando el progreso.

RESUMEN

Muchos de los especialistas en el latín tardío, igual que muchos de los especialistas en el romance temprano, solían pensar que trabajaban en campos distintos; pero ya llevan varios años dándose cuenta de que vienen considerando los mismos temas y los mismos hablantes, al menos dentro del área geográfica del habla romance. En esta contribución se presentan algunas de las cooperaciones que se han visto entre las dos partes, e igualmente cómo éstos se han aprovechado de los avances de la sociolingüística.

ABSTRACT

Many specialists in Late Latin, and many specialists in Early Romance, used to believe that they worked in distinct fields from each other, but increasingly over the last few years they have come to realize that essentially they are considering the same speakers and the same subject matter, at least within the Romance-speaking area. This paper presents some of the ways in which they have been co-operating, and also profiting from the help now available from the sociolinguists.

RÉSUMÉ

De nombreux spécialistes du Latin tardif ainsi que des débuts de la langue espagnole avaient l'habitude de croire que leurs champs de recherche étaient distincts. Mais depuis plusieurs années, ils se sont rendu compte que leurs thèmes et leurs locuteurs étaient communs, au moins pour l'aire géographique du parler Romance. Cette contribution présente quelques unes des coopérations établies ainsi que les apports liés au progrès de la sociolinguistique.

ZUSAMMENFASSUNG

Viele Spezialisten des späten Lateins sowie des frühen Spanischen

waren der Meinung, sie arbeiteten in unterschiedlichen Bereichen; jedoch haben sie seit mehreren Jahren bemerkt, dass sie sich mit denselben Themen und denselben Sprechern, zumindest innerhalb desselben geografischen Raums der spanischen Sprache, befassen. In diesem Beitrag werden einige Formen dargestellt, wie beide Seiten zusammengearbeitet und die Fortschritte der Soziolinguisten genutzt haben.

RIASSUNTO

Molti degli specialisti che si occupano di tardo latino, così come molti di quelli che si occupano degli inizi della lingua romanza, erano convinti di lavorare in ambiti distinti; ma é ormai da alcuni anni che si stanno rendendo conto che si occupano degli stessi temi e degli stessi soggetti parlanti, almeno per quanto riguarda l'area geografica della linguistica romanza. Attraverso questo mio contributo presento alcuni dei progetti di cooperazione che sono stati portati avanti insieme e di come si siano saputi sfruttare i progressi della sociolinguistica.